

# “Los sueños del insomnio”.

## Primera parte.

*Jueves 22 de febrero de 2007*

*Viernes 18 de mayo de 2007*

Una historia larga en forma de relatos cortos.

Publicada en

[www.cuentamealguncuento.blogspot.com](http://www.cuentamealguncuento.blogspot.com)

Por

Alejandro Martínez-Cava Aguilar

Liberado bajo licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>



Compilación y formato por Nacho, 25 de mayo de 2007

## Capítulo 1

Cuchara, mechero, jeringa, aguja, embolo, presión, silencio....  
Os lo juro, hay días que pondría el ingrediente que falta al principio de esa receta barata de evasión...o como la quieran llamar algunos.

Abrí los ojos. Digo "abrí los ojos" y no "me desperté", porque últimamente volvía a tener otra de esas rachas de insomnio a las que no encuentro explicación. Definitivamente, mi cuerpo y yo no nos entendemos. El reloj marcaba las 3 de la tarde, mierda, pensé, otra vez no...

Padecía de aquello que los amigos llaman Días Grises, solo que mis "Días", se habían convertido en meses hacia tiempo. Mi vida era un conjunto de actos programados y ordenados según un orden establecido por un programa de datos creado por un secretario de departamentos. Despertador, desayuno, ducha (opcional), ordenar mesa, intentar estudiar para acabar pensando que para que, si el examen del próximo martes será otro -1,5, salir a hacer ejercicio, ducharse (esta vez sí), comer, autobús, 5 horas de supuesta atención, autobús, cenar, caja boba, y cerrar los ojos. Rutina.

La pega era que a ese supuesto perfecto programa se le había colado un virus...un virus que desafortunadamente carecía de la capacidad de borrar memoria...No sabría decirlo cuando apareció, pero el cabrón no tenía ni nombre ni apellidos, y no se dejaba ver cuando querías verlo. Atacaba entre las sombras. Insomnio, agresividad, incapacidad de atención. Joder, hasta estaba torpe frente al teclado del ordenador, y mi infancia me la pase desmontando estos chismes.

Agarre mis trastos, me coloque los cascos de mi mp3, y quite el sonido del móvil. No es que no quisiera saber nada de nadie, es que detestaba esa sensación de la gente prestándote atención porque tu teléfono móvil está sonando y el suyo no. Parece que les hayas contagiado un bostezo...

Salí a la calle, iba a llover. Como todos los días desde hacia tiempo. Dicen que caminar bajo la lluvia relaja....Debe ser, porque caminar bajo un cielo gris cenizo por lo menos a mi me hiela el alma.

*"Dadme dolor real, para que el imaginario no me venza"* rezaban los auriculares, y mientras recorría el ya bien sabido conocido camino de mi casa a la parada del autobús volvía a pensar en Ella...no joder, ahora no. Pase el track, y decidí correr un poco hacia mi destino. Llegue a la calle con el B3 en la mano y el bus en mi campo de visión. Llegaba tarde. El 611 también. Estábamos acostumbrados a ello, y dudaba mucho que alguno de los dos fuese a cambiar alguna vez...Esboce una pequeña sonrisa hacia dentro, una vez más viajaba solo.

Resulta increíble que a las 3 y cuarto de la tarde haya menos gente en el autobús que a las 6 de la mañana. En la siguiente parada posiblemente ese escenario se llenas de niños, pero de momento tenía unos minutos de silencio y soledad, aspectos que últimamente escaseaban en mi vida (parece mentira que nos pasemos la vida buscando compañía...y que cuando estemos mal lo que de verdad necesitamos sea estar solos).

*"Nos escapamos, de quien sino del tiempo, de quien sino del llanto, pero este miedo tiene su encanto..."*. Otra sonrisa. Era la 2ª en poco tiempo, este día prometía. Subí el volumen del mp3 y cerré los ojos....

## Capítulo 2

Notaba como el autobús subía la avenida, y mentalmente hice repaso de lo acontecido hasta esos días: Fracasos, decepciones, alguna alegría espontánea provocada generalmente por algún estupefaciente, y noches en vela. Más noches en vela. Sabía que no era raro por ello, que más de un tercio de los adolescentes-adultos sufre problemas de sueño y estrés, pero empezaba a estar harto de tanta estadística. Si, muy bien, no soy el único... ¿y?, ¿me tengo que conformar por ello? No soporto a la gente que no hace nada por arreglar su vida. Conviven con sus decepciones y sus faltas hasta que las acostumbran al día a día y acaban confundiéndolas con sus virtudes. Es evidente que no me consideraba un ejemplo a seguir...maldita apatía...pero no sabía si ese "desagrado" provenía de mi asco a la sociedad actual, o a un temor a acabar como esa gente...un verme reflejado en un espejo cóncavo de esos que agrandan tu imagen. Si era esto último...me alegraba, el miedo a caer nos impulsa a agarrarnos con más fuerza. Y eso era lo que me llevaba a coger ese maldito autobús día a día...

Abrí los ojos, el autobús no había parado en la segunda marquesina, y, aunque me alegraba de disfrutar de mi soledad durante el viaje entero, se me antojó raro que no hubiese subido nadie. Alargué la vista a lo largo del autobús...y allí estaba. Una cabeza en la quinta fila, mujer posiblemente. Debía de haberme quedado dormido entre parada y parada...el insomnio provoca que des cabezadas cuando no lo deseas.

Intente relajarme, pero había algo en esa silueta que me resultaba familiar y no sabía qué. Debí de parecer imbécil...pero tras cinco minutos observando tras el asiento sin lograr ver nada decidí cambiarme de sitio para ver un poco mejor (somos como niños pequeños en el fondo...), así que agarre la mochila y comencé a andar tímidamente por el pasillo hasta acercarme dos o tres filas por detrás de ella.

¡CRASH!

Mierda...el puto cordel de las llaves en el reposabrazos de atrás....

Trate de disimular simulando agacharme desde un asiento cercano pero resulto más patético todavía, si cabía la situación.

Levanté la mirada con intención de poner mi típica cara de "¡Oh! ¿Sorpresa verdad?", pero no me dio tiempo...

Me encontré frente a unos ojos verde profundo, de silueta marcada pero sin pintar, pequeños pero a la vez enormes, y con ese brillo especial que caracteriza a las personas directas, sinceras, lúcidas, y a veces algo pícaras. Eran los ojos más bonitos que había visto en mi vida...Y me estaban mirando fijamente.

Creo que en ese momento mi cara era más bien la del clásico tonto 50X15 "llamo a mi amigo Paco", por lo que su sonrisa sabiéndose admirada fue de esperar.

-Estaba buscando... ¡un mechero!, que se me ha caído por allí detrás y debe de haber resbalado hasta aquí.

Tengo que reconocer que las relaciones sociales no fueron lo mío nunca. No soy esa clase de persona de la que te enganchas por la primera impresión. Solo hubo una persona que lo hizo...pero de eso hacía ya mucho tiempo.

-Y que, ¿lo encuentras?

La pregunta me despertó de mis pensamientos, además, ella me seguía mirando, así que hice como que seguía buscando (sin encontrar nada por supuesto). Deseé con todas mis fuerzas ser un mago con medio mundo en el bolsillo de mi manga...

-Eeeemmm...creo que no...Es negro así que a saber...

(Siempre con recursos)

Ella se echó a reír y yo acabe riéndome también. Se giro hacia su asiento, posiblemente hacia su bolso o mochila (me hubiese gustado saberlo, los pequeños detalles te hablan de las personas...los pantalones o una sudadera no, pero donde guardamos los objetos personales dice mucho de nosotros) y al volverse me alargó un mechero. Era blanco completamente, y lo colocó en mi mano derecha mientras con su otra mano me cerraba los dedos.

-Toma anda, esta vez me sobra uno, pero intenta cuidar un poco más lo que posees, nunca sabes cuándo puedes perder algo...

Tenía cierto acento argentino, y durante el tiempo que me habló no dejó de cogerme la mano. Cuando terminó de hablar las apartó, sonrió una vez más, y se volvió hacia su asiento para seguir leyendo el libro que tenía en las rodillas. Con una rápida mirada reconocí la cubierta y el título: GAYA de Jostein Gaarder. Sonreí, un punto a su favor. Volví hasta mi asiento, esta vez ya sin rodeos, y al sentarme me di cuenta de que aun tenía el puño cerrado con el mechero en su interior. Abrí la mano y lo examiné: era blanco completamente como ya había observado antes, y tenía una inscripción en uno de sus lados del mismo verde de los ojos de ella:

"Hay muchas maneras de perderse en la vida, pero la peor es perderse a sí mismo".

Abrí los ojos. Tenía la boca abierta y un auricular sobre el hombro. Alcé la vista, el autobús iba medio lleno con la multitud habitual, estudiantes, obreros, algún que otro abuelo o abuela de visita...Pero a ella no se la veía por ninguna parte...No entendía nada. ¿Qué pasaba? ¿Qué coño pasaba? El autobús llegaba al intercambiador de Moncloa y abría sus puertas. ¿No lograba dormir en semanas y de repente dormía profundamente y soñaba en un autobús? Y otra vez... ¿Dónde estaba Ella? La busqué entre la gente que bajaba y no la encontré. No entendía nada...Fui a coger mis cosas para bajar con el resto cuando me di cuenta de que tenía algo en el bolsillo...un mechero blanco, sin inscripciones. Me quede mirándolo embobado durante cosa de medio minuto, hasta que llego el conductor a ver por si me pasaba algo. Respondí con una negativa, y di las gracias. Cogí la mochila y salí del autobús.

- ¿Qué coño te pasa tío? Estás más callado de lo habitual, y eso ya es difícil viendo cómo has estado estos días.

Álvaro, mi compañero de clase, me miraba desde el otro lado de la mesa del comedor de la cafetería mientras mascaba uno de los filetes de su plato embutido entre dos trozos de pan. Tenía motivos para preocuparse, no había abierto la boca en todo el día, ni siquiera cuando habíamos leído en el tablón de física que se cancelaba una de las prácticas a causa de un examen al cual ni nos íbamos a presentar. Él había saltado por el departamento mientras yo me había limitado a esbozar una leve sonrisa.

Llevaba varios días callado...desde el episodio del autobús trataba de ordenar mi cabeza pero era imposible.

No le veía el sentido, seguía sin dormir por las noches, pero al llegar el autobús, por más que intentase lo contrario, solía caer redondo a menos que apareciese el típico compañero de viaje, hecho que me apartaba de los brazos de Morfeo inevitablemente...el autobús es el centro de tertulia de demasiada gente...

Tengo que aclarar que dormir algo sí que dormía, cabezada aquí, cabezada allá, pero siempre intermitentes y nunca suficientes. Solo lograba dormir tan profundamente como para soñar en el autobús.

Las siguientes veces que "caí" después de la primera, los sueños solían ser los típicos de hacía tiempo: representación de miedos y temores, recuerdos, fantasías, erotismos...lo clásico de un veinteañero. Pero hoy no. Hoy había vuelto a soñar con ella...Había sido solo un momento, un minuto que cerré los ojos mientras mi "compañero de viaje" de ese día apoyaba la cabeza en la ventana mientras llegábamos a Madrid para perder la cabeza en sus pensamientos, dejándome meditando en mis cosas...Sólo un minuto, pero lo suficiente para volver a verla de nuevo, en el sitio de la última vez, con otro libro sobre las rodillas; era ella...seguro. Había sido incapaz de imaginar más, puesto que el autobús abrió sus puertas y mi colega decidió que una colleja bien dada era mejor que dejarme dando vueltas por la A-6.

Y allí estaba yo, sentado frente a unos huevos con morcilla, prácticamente intactos, y haciendo gestos a Álvaro para que no se preocupase.

- Joder tío, no sé, estas como un puto zombi...no se qué cojones te habrá pasado pero...¡¡un momento!! ¿Has vuelto a hablar con Ella?

Levante la mirada. Álvaro conocía mi historia, me había conocido en un mal momento de mi vida, y tras demostrarme que era una persona digna de confianza, se había transformado en uno de mis grandes apoyos.

Negué con la mirada y suspiro aliviado. Desde aquel día en el que me cogió el teléfono para encontrarme al otro lado suplicando que por favor saliese a su puerta, me hizo prometerle que tenía que seguir con mi vida, que levantase la cabeza de una vez. La gente dirá lo que quiera, pero es necesario que nos echen la mierda a la cara cuando nos cubre el cuello, y llevarte de copas no es la solución. Las personas que valen saben demostrarte que saben luchar por aquello que importa, y los amigos de verdad son aquellos que si les cuelgas el teléfono cabreado y con lágrimas en los ojos, vendrán a tu casa a insultarte y hacerte ver que

tu camino no es ese. Álvaro era de esas personas, era un garrulillo proyecto de ingeniero, pero tenía un corazón de oro, y aunque yo ya me lo imaginaba, muchos años después todavía agradecería lo que hizo por mí en el pasado y en aquel momento.

Pero no...en ese momento el pasado no me torturaba (ya lo haría otro día...o más tarde simplemente), trataba de hacerme a la idea de que aquello que me hacía desear dormir era solo una imaginación de mi subconsciente.

La única mujer por la que ahora mismo me creía capaz de luchar era solo un sueño imposible. Sólo la conocía de dos frases, una mirada y un mechero, pero su imagen y su impresión me habían llegado muy hondo...

El mechero...no lo perdía de vista. Si no estaba en mi mesa estaba en mi bolsillo, solo me despegaba de él para nadar, y al volver a la taquilla hurgaba en los bolsillos de la bolsa para comprobar que aún seguía ahí, que no se había desvanecido. Con el paso de los días había descubierto donde se encontraba la válvula para reponer el gas. Al principio llegué a pensar que carecía de ella, pero luego descubrí que se encontraba oculta bajo una tapa que se podía correr con la uña.

En uno de mis sueños de fantasías varias, lo había comparado con un corazón: Podía encenderse si le dabas gas y le añadías chispa, pero llegaba un momento en el que por mucho que le dieras chispa, el gas se agotaba y la llama no se volvía a encender... Solo trabajando se podía reponer el gas, pero normalmente necesitabas de la ayuda de otras dos manos, pues con las propias no bastaba para abrir la válvula y almacenar la futura vida de la llama.

- Bueno, venga, saca las cartas, avisa a estos, que esta primera ronda invito yo –dijo Álvaro mientras apartaba mi bandeja. Sonreí y pensé, “que cojones... ¿a esto he estado renunciando durante tanto tiempo?”

Solo un sueño...nada más.

## Capítulo 4

*- ¡Pídemelo que me quede! Por favor... ¿Por qué no me pides que me quede? Pídemelo por favor... pídemelo que me quede...*

Abrí los ojos. Joder...malditos recuerdos. La ventaja de los sueños es que te despiertas y se acaban, con suerte ni recordarás aquello con lo que habías soñado. En cambio, la sensación de soñar despierto te acompaña hasta mucho después, al no "despertar" es mucho más difícil acabar con esos pensamientos.

Me restregué los ojos apartando un par de legañas mojadas y bajé el brazo para agarrar mi denominada "botella de resaca", situada estratégicamente en la cabecera de la cama. Vacía. "Cojonudo", pensé. Note movimiento a mi lado y giré la cabeza para ver la rubia melena de Eva descansando sobre la almohada, que se giraba dándome la espalda. Ese fin de semana mis padres se habían ido de viaje por su aniversario y yo, reacio de fiestas donde los menores resultados son cojines teñidos de vino, tras una noche de quicos, pipas y rondas de "horas felices" de bar en bar, había acabado dejándome llevar por los encantos femeninos de Eva, aspecto que fue facilitado por las copas y la sensación de soledad que me había acompañado ese día.

Lentamente me incorporé, y caminé desnudo por el pasillo hasta la cocina, botella en mano, dispuesto a calmar mi sed mañanera. Mientras notaba el frío de la tarima en la planta de los pies, comencé a recordar lo acontecido la noche anterior (cosas de la resaca...por mucho que recuerdes todo, los recuerdos irán apareciendo escalonadamente desde el momento del despertar, dejándote con dudas sobre detalles hasta, más o menos, la hora en la que decidas sumergir la cabeza en agua helada). Un bar por aquí, dos rondas acá...y al final el encontronazo y posterior desenfreno en el recibidor de mi casa. No era la primera vez que ella lo intentaba, pero ésta era la primera que conseguía lo que se había propuesto tiempo atrás. Tengo que reconocer que no me vino mal del todo aquel día... Hay ocasiones en las que los mejores puntos de sutura para el corazón son el cariño y los besos de una mujer...aunque la mayor parte de las veces no cosan heridas, si no que las hagan sangrar de nuevo, arañando con recuerdos...

Afortunadamente el alcohol y la tranquilidad de una casa vacía transformaron esa ocasión en el primer caso.

Mientras sopesaba todo esto, la observé desde la puerta, tapada solamente con una sábana hasta la mitad de la espalda, y peleándose con los rayos del sol por seguir durmiendo.

Me reí yo solo pensando en la juerga de la noche anterior, y di otro sorbo a la botella ya llena. Entonces caí. El mechero. No estaba. Solté la botella en la mesa y volví hacia la cocina a pasos largos. No podía ser, habría mirado mal. Al llegar a casa por la noche, entre risas e hipos, habíamos tirado la poca ropa que llevábamos por la casa, pero recordaba perfectamente que antes de eso había vaciado mis bolsillos en la encimera. Móvil, llaves del coche, B3, cartera, monedas sueltas y el mechero. No hacía falta estar sobrio, sabía que ahí tenía que estar, me había asegurado de colocarlo fuera del alcance de las perras. Tenía que estar ahí...

Llegué a la cocina con el corazón en la boca, y mire la encimera...No estaba. No se veía por ningún lado. Registre la cocina, levantando mis cosas, tapas de microondas, bolsas vacías, los

bolsillos del pantalón de nuevo...Nada. No estaba. Una sensación de desesperación comenzó a invadirme. Por una parte pensaba que solo era un maldito mechero blanco, pero por otra notaba como un sentimiento de culpabilidad y tristeza comenzaba a aflorar. No me había dado cuenta, pero ese mechero se había convertido en "mi talismán", tenerlo en la mano provocaba que en lugar de recordar el pasado, pensase en mi futuro. Pero como me solía ocurrir, cuando encontraba un apoyo fuerte, renunciaba al resto de mis cimientos, y al desaparecer éste, me veía cojo en la vida...

Me senté en el banco de la cocina con la cabeza entre las manos, con más dudas que nunca. ¿Había soñado despierto con el mechero todo este tiempo? ¿Iba a perder siempre todo aquello que comenzaba a valorar? Por primera vez en meses lloré yo solo, sin necesidad de hombros ajenos, lloré en silencio preguntándome en que parte de mi camino había perdido el cruce.

Y también por primera vez desde hacia tiempo, me dormí en mi propia casa...con la cabeza hundida en mis brazos, nadando entre recuerdos.

## Capítulo 5

Se llamaba Diana. Vestía unos vaqueros azules nuevos-desgastados que terminaban al final de sus largas piernas en el interior de unas botas de fieltro marrones, con pinta de haber sido usadas en solo dos o tres ocasiones. El pelo, suelto, de color castaño claro, le caía suelto sobre los hombros de un suéter del mismo verde intenso que sus ojos.

Sin saber porque sabía ya su nombre y sentía que la conocía de toda la vida, pero a la vez me era desconocida por completo. Y estaba sentada enfrente de mí...

Había cerrado los ojos en mi cocina, y antes de abrirlos sentía el meneo del autobús. Viajábamos desde no sé donde hacia donde no quería saber, y estábamos en asientos contiguos, uno a cada lado del pasillo, ella y yo (ya con ropa) solos en todo el autobús.

Me revolví en el sitio tratando de averiguar que estaba ocurriendo y entonces fue cuando levantó la mirada del libro que leía incansablemente y me habló...

- ¿Estás bien?

La mire fijamente sin decir palabra alguna, más bien sin saber que decir exactamente.

- ¡Eo! Dije si estabas bien, llevas más de medio camino ahí dormido, ¿sabías?

- ¿Medio camino? ¿Hacia dónde?

- ¿Crees que realmente te va a servir esta respuesta ahora?

Sopesé la respuesta y termine por negar con la cabeza.

- Bueno, por lo menos despertaste, babeabas como un niño...

Me ruborice medio avergonzado y antes de que pudiese dar cualquier excusa falsa ella se echó a reír y me guiño un ojo.

- ¡Jaja! No me burlo de vos boludo...pero me hace gracia, ¿sabéis que, en ocasiones cuando dormimos nuestra parte infantil resurge en forma de sueños? Se puede observar en las caras de los que duermen, en su postura, en su paz...

Entonces mucho de niño no debía de sacar yo a la luz últimamente, pensé...

- Me llamo Alex, por cierto.

- Encantada –dijo sin parar de sonreír. Deduje que debía controlarme para no parecer demasiado evidente al mirarla...era preciosa. – Yo me llamo Diana.

Ya lo sabía, y no lograba entender porqué.

Guardamos silencio unos instantes, y justo cuando ella iba a recomenzar su lectura decidí disparar de una vez:

- Oye, se que sonara estúpido pero... ¿Esto es un sueño?
- ¿Cómo?
- Aaaaahhh...bueno...ya sé que suena raro, pero necesitaba saber si...
- No –me interrumpió, si te he entendido. Pero, ¿crees que realmente hiciste bien esa pregunta?
- ¿Cómo? –ahora era yo el que no entendía.
- Mmm...a ver si me explico. No duermes normalmente, dudas de tu pasado, presente y futuro, vives por y para tu depresión y tu propia tristeza, y realmente muchas veces no sabes si estas soñando o no, pues lo que más añorarías en esos momentos es despertar. Y ahora, que estas fuera de ese mundo, ¿te interesas por saber si de verdad estas soñando o no? Piensa que si es un sueño se acabará, y si no lo es solo estarás volviendo a tu rutina de rechazar tu propia vida siempre que se sale de sus cauces normales.

- ...

Es evidente, no tenía respuesta a eso. Me parece que no era el único que sabía cosas del otro, pues realmente lo que había dicho era cierto, pero nunca me había llegado de esa manera. Era un pensamiento fugaz, que aparecía cuando trataba de darle explicación a mi vida. Me había acostumbrado a mi propio dolor, tanto que había días que si no lo sentía de la misma manera que otros me preocupaba, y era incapaz de disfrutar de esos pequeños momentos de felicidad que la vida reparte por doquier. Mi maldita manía de cerrarme al mundo me estaba saliendo cara...pregonaba sobre la confianza y su importancia, y luego era incapaz de aprovecharla con la gente que apreciaba, y demostrarles que confiaba en ellos pidiéndoles ayuda. La amistad...cuanto se había desprestigiado esa palabra. Y las pocas personas con las que compartía algo así (algo sincero), no tenían ni idea de lo que tenía yo en la cabeza...en un momento me di cuenta del daño que las podía estar ocasionando...no nos damos cuenta, pero al nadar contracorriente creamos surcos que la gente que nos sigue en la vida aprovecha, pero al dejarnos llevar o dejarnos tragar por un remolino, arrastramos sin saberlo a todo aquello que apreciamos hacia el fondo con nosotros.

- Así es, perdiste hace tiempo la idea de que luchar merece la pena...
- ..... ¿Quién eres?
- Lo que necesitabas.

“Estas falto de amor, me dijo” resonó en mi cabeza...Era cierto...Gracias a mi rechazo general a mi vida, lo que necesitaba y añoraba era incapaz de encontrarlo en el mundo real, y había acabado por buscarlo en sueños... ¿Pero, era todo esto un sueño realmente?

Callé durante unos segundos que se me hicieron eternos, durante los cuales no sabía si escrutar en sus ojos en busca de respuestas, por miedo a toparme de nuevo con mi cruda realidad. Somos más cobardes de lo que pensamos a la hora de enfrentarnos a nosotros mismos.

- Durante un tiempo pensé que había encontrado la felicidad...luego resulto que todo es efímero, y mi felicidad me abandonó, junto con lo que más quería en el mundo...
- Tarde o temprano nos damos cuenta de eso, pero la solución no es llorar por lo que tuviste, si no pelear por obtener de nuevo eso, aunque no te lo otorgue la misma persona... –que listas son las mujeres, hay dolores que se identifican en la mirada, y el dolor de una mujer se puede ver en los ojos de un hombre como una bombilla fundida de tanto brillar.
- No es eso –mentí.
- ... ¿La culpas por ello?
- No...en absoluto. Si algo he aprendido en este tiempo es que somos responsables de nuestros actos, y sé que yo también tuve culpa...además, en una relación no existen los culpables casi nunca, echar la culpa a una persona es mentirse a uno mismo para quedarse más a gusto. Dicen que a los dos años el amor se acaba...no es cierto. Se apaga la pasión, pero si aquello era más que una cama y sonrisas, habrá algo que lo sustente después, y empuje a ambas partes a luchar codo a codo...para volver a encender la llama.
- Es una manera muy bonita de verlo...lástima que no siempre se cumpla. Por lo que me dices, si, la querías...pero... ¿Cuándo dejaste de quererte a ti mismo?
- ¿Por eso lo del mechero? –sonreí.
- Ese día carecías de brillo en los ojos, y por coincidencia lo llevaba en la mochila. Por cierto, mientes muy mal... -agregó mientras me guiñaba un ojo.
- Esta mañana no lo he encontrado...durante todo este tiempo me había dado fuerzas para tirar hacia delante...y ya no está.
- ¡Buah! Los madrileños siempre igual de pelotudos... ¿os creéis poetas natos o algo así? El mechero era un mechero nada más, todo eso que sentías eras tú, rechazándote y luchando por salir adelante. ¿En serio pensaste que la solución a tus depresiones y tristezas era un chisme para encender cigarrillos? Menos mal que no empezaste a fumar...
- Nunca me gustó –mentí. Hubo una época que sí, años de niñez y travesuras...que lejos quedaban.
- Ya veo...por cierto los objetos no se desvanecen porque sí, y viendo los ojitos que traes hoy ayer debiste tener faena. Yo que tú, si tanto te gustaba ese mecherillo, seguía buscando.

Esbocé una mueca, y la mire. De veras que era preciosa...sí, realmente era lo que necesitaba. Caricias y labios aparte, necesitaba algo así. Recapacite sobre toda la conversación, sobre todo acerca de sus últimas frases. Una vez más era cierto. La vida no consiste en cuidar talismanes, pues nosotros somos nuestro propio talismán.

- ...Gracias.

- Anda, no te me pongas melancólico, y procura cuidar lo que tienes porque... ¡CUIDADO!

El autobús pegó un bandazo y nos vimos obligados a agarrarnos al reposabrazos para no caer. Al enderezarse todo ya, vi que se le había caído el libro al suelo, y me agaché a recogerlo. "Narciso y Goldmundo" de Herman Hesse. Debería volver a leérmelo algún día... Me incorporé para devolvérselo y en ese momento el autobús cogió otro bache y me di de cabeza contra el asiento. Diana rompió a reír mientras yo hacía esfuerzos por ver otra vez, a través de tanta estrellita en la mirada, pero su carcajada era reconfortante. De repente, sin dejar de reír, su pelo se volvió rubio, sus ojos azules, y poco a poco el paisaje fue cambiando hasta volver a mi cocina de nuevo. Eva estaba en la puerta de la cocina, apoyada desnuda en el marco de la puerta y no paraba de reírse mientras sujetaba un cigarro aun sin encender.

- ¡Jajaja! Ojala te hubieses visto, parecías un niño pequeño ahí durmiendo... ¡jajaja!

Al oír ese comentario no pude si no empezar a reírme yo también...

En ese momento Eva se llevo el cigarro a la boca y al ir a encenderlo me fijé en el mechero que usaba. Era blanco, con una inscripción verde.

- ¡Ey! ¿Y ese mechero?

- Se lo acabo de quitar a tu perra, la muy jodía estaba debajo de la cama guardándolo con un par de calcetines tuyos...tío, deberías limpiar más a menudo tu cuarto, la cama estará muy bien...pero el resto se merece un poco de atención. ¿No es el mechero con el que jugabas ayer?

- Sí...

De repente no parecía tan importante...pero sabía que lo seguiría guardando mucho tiempo. Me incorpore y con una sonrisa le planté un beso en los labios.

- Buenos días, ¿has dormido bien?

## Capítulo 6

*“¡No te vayas por favor! No te vayas... ¡Quédate por favor! Quédate...Lo Siento...”*

Un escalofrío recorrió mi espalda a pesar del agua casi hirviendo que salía de la ducha. Resoplé, y apoyé ambas manos en la pared mientras dejaba que mi cabeza se sumergiese entera en el chorro, cerrando los ojos y notando las gotas resbalar por mi mejilla.

El recuerdo de una voz puede perdurar más de lo que pensamos. Las imágenes se distorsionan en la memoria, olvidamos lugares, detalles, luces, caras...pero la voz resulta casi imposible olvidarla. Siempre vuelve...

Cerré el grifo y busqué entre el vapor la toalla, justo antes de caer en la cuenta de que estaba lavándose en ese momento. Mierda, pensé. Dejando pequeños charcos por el pasillo llegué hasta el armario y saqué de ahí una limpia, vislumbrando al fondo del armario un cajón lleno de viejos recuerdos. Tragué saliva y mirando hacia otro lado cerré la puerta con el pié. Dejamos un poco de nosotros en cada objeto que usamos, cada hoja que escribimos, cada regalo que hacemos, y al igual que nosotros el resto de la gente también lo hace. Por eso guardamos pequeños trastos, colgamos fotos, llenamos corchos de cosas inútiles, etc. Valor sentimental lo llaman. Y cuando todo se tuerce y el valor sentimental cae a un charco de barro, somos incapaces de deshacernos de todo eso, y solemos guardarlo o esconderlo, aunque curiosamente siempre en algún lado que nos impida olvidarnos de todo aquello, manteniéndose como una espina que se mueve en la herida con el escozor de la melancolía. Rechazamos desecharlo, porque sabemos que estaríamos desechando esa parte de nosotros mismos...o de otras personas que no queremos (o no podemos) olvidar.

Tras la (“breve”) visita de Eva, decidí tomar su consejo y poner un poco de orden a la habitación, removiendo apuntes, vaciando estantes y seleccionando recuerdos...

Es muy duro darse cuenta de que se te ha olvidado cómo olvidar, y es más duro aún darse cuenta de que tienes que aprender a renunciar a ciertas cosas cuando ni siquiera quieres intentarlo. Apartar aspectos de nuestra vida para tratar de olvidarlos no es sino el equivalente a tratar de ahogar un sueño amargo en los tragos somnolientos del café matutino...

Una vez escuche que “el hombre teme lo que desconoce, y también destruye lo que teme”. Y no hay mayor desconocido y al que temamos más que el miedo a recordar...Afortunadamente fuera de los sueños mandamos nosotros.

Me vestí, agarré los trastos de siempre (móvil, B3, cinta de las llaves, gorra y mechero), y un día más salí a la calle. Me preocupé de coger también el diario universitario que había en la cocina, por si se daba el caso de “llegar tarde a clase”, la sección de relatos me tenía enganchado a ciertos autores que publicaban anárquicamente sus sendas historias.

Como tenía costumbre desde hacía una temporada, me coloqué uno solo de los auriculares dejando el otro reposar sobre mi pecho y mientras conectaba la música rastree mi calle con la mirada esperando encontrar o escuchar aquella voz que soñaba algún día volvería a compartir, otra vez sin fruto alguno.

"Esta canción va dedicada a un Sueño, que tuve de niño..."

Fui a colocarme el segundo auricular cuando de repente una mano me agarró del hombro volteándome con fuerza. Solo tuve tiempo de ver unos ojos negros antes de que un puño cerrado se empotrara contra mi sien izquierda.

- Tú...

Un segundo impacto me puso de rodillas en el suelo, y vi rodar el mp3 a mi lado mientras cerraba los ojos viendo aproximarse el asfalto lentamente...

El tercer impacto me empotró contra el reposacabezas del asiento delantero, otorgándome además una mirada inquisitiva y medio asustada de la señora que llevaba al otro lado del pasillo.

¿Qué cojones?, solté mientras me llevaba la mano a la frente. Mire por la ventana y vi que estábamos en un atasco en Moncloa... Posiblemente mi tortazo hubiese sido originado por un frenazo del autobús. Me palpé el golpe y supuse que, además de la marca del cenicero, me iba a llevar un buen chichón de regalo. En menuda posición debía de estar durmiendo...

Bajé del autobús cinco minutos después, con la frente aun ardiéndome y tomé dirección hacia mi facultad, parándome a recoger el diario universitario de una papelería. Es increíble lo que la gente desecha...aunque supongo que la lectura de un periódico sensacionalista aportará más a ciertas mentes privilegiadas....perdón, privadas....de toda reflexión.

Al llegar al final del primer tramo de escaleras de la escuela de ingenieros, miré hacia el horizonte donde se destacaban los últimos edificios de la Avenida Complutense, y como cada día, el mismo sentimiento invadió mi cuerpo haciéndome cerrar los ojos y los puños, volviendo mi cara hacia el camino...No es fácil joder, me dije, pero adelante.

Saludé a un par de compañeros que iban hacia la biblioteca y llegué por fin a clase. No me quitaba de la cabeza el sueño que había tenido en el autobús. No era la primera vez...aunque hacía ya mucho tiempo. Y conocía muy bien a ese tipejo...

*“Con los muñones que escriben derecho en renglones torcidos...”*

*“Con el olvido que siempre se acuerda de resucitar...”*

Tras el último golpe, escupí un último rastro de sangre al suelo y me limpié con la mano los restos que aun permanecían en mis labios. Él estaba enfrente de mí, prepotente como siempre, con una leve sonrisa entre los labios y mirándome fijamente.

- Veo que no te cansas de lo mismo, siempre con tu misma manera de saludar... ¿te crees que me sorprendes? – solté desafiante mientras clavaba una rodilla en el suelo para levantarme.

Mentía, por supuesto, pero si algo estaba claro es que no pretendía dejarme intimidar fácilmente por un puñado de golpes, bien clavados eso sí...

Su voz sonó extrañamente familiar, a pesar de que hacía tiempo que no nos encontrábamos cara a cara:

- Hmm...me parece que el tiempo te ha tratado mal...antes aguantabas mejor los golpes. Sabes que es mi forma de ser, tú dices hola, gritas, o haces el imbécil. Aunque no lo desee, forma parte de mi personalidad la brusquedad y la sorpresa.

- Ya...dirás lo que quieras...pero la próxima te la devuelvo cabrón.

Me alargó la mano ayudándome a levantarme, y aproveché para observarlo bien. No había cambiado nada, los años para él no pasaban. Había añadido una perilla fina y arreglada a su cabeza afeitada, que afilaba aun más los rasgos de su cara tostada por el sol y por el tiempo. Realmente pasaría desapercibido como una persona más si careciese de esos ojos negro profundo, donde no distinguías pupila de iris (realmente, dudaba de si su ojos era como los míos) y transmitían en unas ocasiones sabiduría, y en otras verdadero pavor. Vestía de traje blanco impecable, camisa negra de cuello italiano, sin corbata, abrochado un solo botón de la chaqueta, y zapatos negros pulidos hasta reflejar la luz del sol que en ese momento caía sobre nosotros. Un tipo con clase, vamos. Al lado suyo yo parecía un guiri, con mi bañador como pantalón y la camiseta de promoción de conciertos.

Nos encontrábamos al lado de un faro de mar, de gran altura y con pinta de estar abandonado. El lugar me resultaba conocido y no tardé en reconocer esos picos al otro lado del mar y la playa volcánica que tenía bajo mis pies. Era el faro de Cotillo, en Fuerteventura, uno de mis lugares de escapada de mi mundo, donde el silencio se volvía de tu parte y el único ruido eran los recuerdos tratando de salir para no volver; estábamos situados en medio de la playa, inundada a medias por el agua acumulada por la ahora mismo decreciente marea alta. Extrañamente, había un tronco viejo situado en medio de todo aquello, y mi acompañante optó por dirigirse hacia allí.

- Bueno, relájate y siéntate, que tenemos cosas de las que hablar. – Su voz sonó levemente preocupada, pero no lo noté hasta tiempo después.
- ¿Estas de broma? Apareces después de tanto tiempo dando la brasa a escondidas, ¿y me dices que tenemos que hablar? Sinceramente prefería los sueños con mujeres, que quieres que te diga...
- ¡Ha, ha! Veo que conociste a Diana...

Pegué un respingo. Cualquiera que hable de sueños con mujeres piensa en todo menos en Verano Azul, pero Él rápidamente había sabido de qué estaba hablando.

- ¿Cómo sabes que me refiero a ella?
- Vamos hombre...se te ve en la cara, y algo había oído por ahí. Siendo tu Soledad, ¿pretendías que no me enterase? Además, que una de las favoritas de Morfeo se fije en ti...-me miró de arriba abajo-...con esas pintas...bueno, resulta curioso.

Por un momento me mosqueé. Nunca se había referido a sí mismo como Mi Soledad, a pesar de que ambos sabíamos cual era su papel. Él era La Soledad, mía y de todos. De ahí su manera de aparecer: los golpes en el sueño son con puños, en la realidad son invisibles, pero duelen más. Yo me consideraba afortunado en cierto modo, puesto que había llegado a conocerle en persona; muchas personas huyen de Él constantemente con tretas y falsedades, o le tienen delante y escogen no mirarle. Yo elegí mirarle a los ojos hace muchos años atrás, y a pesar de estar en desacuerdo continuamente, me tenía cierto aprecio por reconocerle. Y aunque eso no evitase los “saludos” de turno, aprender a convivir con la soledad se convirtió en algo necesario cuando Ella desapareció...

Además, la mención de Diana me había acelerado el pulso, y el relacionarla con mitos fantásticos se escapaba de mi cabeza de ingeniero. Yo era de funciones y desarrollo, no de cuentos de Hadas.

- ¿Cómo que la favorita de Morfeo? -contesté tragando saliva.
- ¡Hm! ¿Tan mayor estas ya que has decidido convertirte en incrédulo?
- Perdona si me río...pero las historias fantásticas se las dejé a Tolkien y los griegos hace tiempo.

Conversar con Él se hacía raro, pues ambos sabíamos que él conocía mis pensamientos y mis miedos, pero viéndole ahí, sentado a mi lado en ese tronco de árbol corroído por el tiempo, resultaba difícil hacerse a la idea.

- Vamos hombre, ¿vas de espiritual y ante el paganismo te me vuelves ateo puro? No estoy hablando de Campanilla o los 4 Fantásticos, te hablo del Dios del Sueño. ¿Acaso no te ha entrado la duda de porque sólo puedes dormir en ese trasto que haces llamar autobús?
- ¿Me estás hablando en serio?

- No bromeo. –Ahora su tono de preocupación de dejo notar más de lo que él mismo pretendía.

- ¿Tiene esto que ver algo con Diana?

Involuntariamente deseé que sí, solo por volver a ver esos ojos verdes...

- Puede...pero creo que antes de todo eso deberías hablar con ciertas personas con las que hace tiempo que no hablas...ya sabes a quien me refiero. Y deberías empezar a confiar más en tu gente, que yo mismo me canso de golpearte. Aprende a pedir ayuda de una vez, y esto te lo digo como compañero.

Se levantó al decir esto último y me tendió la mano para despedirse.

- ¿No teníamos muchas cosas de las que hablar?

- El tiempo corre más rápido de lo que yo creía...no te preocupes, volveremos a vernos pronto.

Su cara afilada se ablando al sonreírme, y mientras se daba la vuelta el paisaje empezó a difuminarse y el tronco de árbol pasó de ser duro a blando con un bamboleo continuo.

Pero lejos de todo ese ruido y mientras mi cabeza trataba de organizar sus pensamientos, escuche por encima de todo su voz canturreando mientras se marchaba:

*"La soledad, no esta tan sola, no ves que a mí, ¡no me abandona!"*

Iba a ser un día muy largo...

## Capítulo 8

El viento soplaba fuerte desde abajo creando cierta sensación de vértigo al asomarse a la caída que dejábamos a nuestra espalda, y en el horizonte se contemplaba Madrid al completo, de extremo norte a extremo sur, medio tapada por esa nube de humo que la acompaña en días calurosos. Como cada vez que subía allá arriba, una sensación de calma me inundó al pisar la roca fría y mirar hacia delante, tratando de dejar atrás la mochila de mis preocupaciones, como el montañero que llega a su destino y al desembarazarse de su carga se siente flotar durante unos instantes...

Afortunadamente, en ese lugar los instantes se alargaban a minutos, hasta que uno dejaba de ser esclavo del silencio y abría la boca para hablar. Denominado "El Helicóptero" por los escaladores de la zona, ese rincón apartado de la civilización, pero desde el cual a la vez tenías casas a tiro de piedra, era uno de los pocos lugares selectos que aun guardaba para mí en momentos difíciles.

Él estaba sentado en uno de los huecos de la piedra y jugaba con un mechero negro pasándoselo entre los dedos como si fuese una moneda de dólar. Llevaba desabrochada la chaqueta y el cuello de la camisa, y el tatuaje que tenía en el pecho quedaba medio al descubierto cada vez que venía una ráfaga de aire.

- Veo que al final no lo hiciste –dijo por fin.

- No...

- ¿No te decidiste?

- No pude...o no quise...no lo sé.

Mi cabeza volvió unas horas atrás tratando de recordar. Un coche parado. La ventanilla bajada y la radio puesta con el volumen bajo. Una puerta enfrente...y mi mano en el picaporte. Tras media hora con el sol pegando a través de la luna trasera había decidido arrancar y dar media vuelta, sin saber muy bien que hacía. Había pasado mucho tiempo y demasiadas cosas desde entonces...Pero los recuerdos eligen su morada, y el rencor y la pena llegan a hacerse amantes tras un par de encuentros con lágrimas como colchón de hotel. No sabía describir en ese momento que pasaba por mi cabeza, y dudo que ahora mismo pueda, pero algo me llevó a alejarme definitivamente de allí.

- Bueno...la verdad es que te mentí, no era necesario que hablases con Ella, si no contigo mismo. -su cara mostraba cierta resignación, pues a pesar de ser quien era tenía cierta empatía hacia alguno de nosotros.

- Ya lo sabía.

- ¿Cómo?

Le pille por sorpresa. Desde que me lo dijo supe que no había razón alguna para llevarme a hacer eso, que era solo una duda danzando en mi cerebro que él pretendía sacar y exprimir. "Nunca dejes las cosas a medio terminar", rezaba el felpudo de entrada a mi cabeza. Y siguiendo esa leyenda, emprendí una jugada que podía costarme un buen jaque o perder un par de piezas, aunque la dama hacía tiempo que había desaparecido del tablero...

Ese mismo día había llamado a Álvaro y habíamos quedado en un bar para tomarnos la cerveza de turno que precede a las conversaciones importantes entre amigos. Hacía mucho tiempo que no hablábamos, y la conversación duró bastante. Eran cosas que yo tenía más que repetidas en mi cabeza, pero según iban saliendo por mí boca sentía como un pequeño peso era aliviado de mi carga. Él no dijo nada durante toda la conversación, salvo comentarios oportunos y gestos con la cabeza, y cuando acabé de hablar un silencio inundó la mesa.

-Por eso me voy...

-Sabía que ahora venía la parte dura... -su cara reflejaba preocupación, pero se le veía reconfortado de saber que yo contaba con él.

La decisión la había tomado por la mañana, entre horas de nula atención y papiroflexia inútil con papeles de publicidad entre clases.

-¿Tienes idea de a dónde? Lo digo porque tengo un colega que es casi piloto y...

-Ya lo sé Álvaro -le corté- pero no hace falta que te preocupes, es cosa mía.

-Ok, pero cuenta conmigo para lo que sea, ya lo sabes. Una cosa más... y lo digo porque sé que lo habrás pensado... ¿Qué será de Ella?

-Bueno...aun no lo tengo claro. Pide otro par de jarras y si eso lo discutimos...Hecho, pero esta pago yo.

Hablamos durante un par de pintas más, y cada uno tiro por su lado de vuelta a casa. Él dudaba de si volvería a verme pronto, y yo sabía que no. Hablaríamos, pero no sería lo mismo. Era mi turno, las blancas movían...

Le miré y me eché a reír. Tras un par de segundos de incredulidad Él optó por reírse también y me golpeó el hombro amistosamente.

- Entonces...

- Sí.

- Vale...solo queda una cosa por hacer entonces.

Metió su mano derecha en el bolsillo de la chaqueta y sacó una foto de carnet. No me hizo falta mirar demasiado para distinguir unos cabellos negros y una sonrisa.

Estuvimos largo rato, Él mirando al horizonte, yo mirándole a Él, sin decir nada, hasta que acercó su mano hacia la otra, donde sostenía el mechero negro. Una sensación de vértigo

comenzó a invadir mi cuerpo, y tuve ganas de gritarle que parara o de salir de allí corriendo, pero no lo hice. Me quede sentado con la boca seca contemplando sus gestos. Él me dirigió una última mirada inquisitiva y encendió la llama a 2 centímetros del papel.

- Tú eliges.

Me acorde de los recuerdos embalados en un armario, de las sensaciones que nos invaden al tocar ciertos objetos; una retahíla de sentimientos y melancolía luchaba por salir de mi cabeza, pero esta vez había algo que las limitaba y combatía con ellas.

- Hazlo.

La llama comenzó a devorar el papel fotográfico y el aire pasó a llenarse de pequeños trozos de ceniza volando alrededor nuestro hacia arriba, perdiéndose de vista tras unos segundos.

Cuando el ultimo trozo de papel se extinguió en el aire nos quedamos callados, él sin decir nada, yo ahogando mis gritos.

- Pensaba que sería diferente... –comenté.

- No hay lugar para el olvido en este mundo, ni las llamas, ni yo mismo podemos contra él. Algún día le conocerás, y deberás mirarle a los ojos como hiciste conmigo. Hasta entonces...te queda mucho camino por recorrer.

Se levantó y se sacudió el traje blanco de algún que otro trozo de ceniza.

- Vamos. Diana quiere verte.

Me tendió la mano y desapareció.

Abrí los ojos. Me encontraba en el mismo lugar que en mi sueño, pero sin Él. Estaba casi anocheciendo y la humedad había calado la poca ropa que llevaba, haciéndome tiritar de frío. Extendí la mano y allí estaba, un mechero blanco con una inscripción verde.

Opté por levantarme y eché a andar hacia mi casa.

*Jaque Mate.*